

FORMAS DE LA TRAICIÓN EN LOS TESTIMONIOS  
DE PRISIÓN Y TORTURA EN CHILE<sup>1</sup>

*FORMS OF BETRAYAL IN TESTIMONIES  
OF IMPRISONMENT AND TORTURE IN CHILE*

José Santos Herceg

IDEA (Instituto de Estudios Avanzados) / Universidad de Santiago de Chile  
jose.santos@usach.cl

RESUMEN

El presente artículo busca mostrar las diferentes formas en que se presenta la traición en los testimonios de prisión política y tortura chilenos. Para hacerlo, se distinguen grados y modos en que este fenómeno aparece en los textos. Se pueden observar, en primer lugar, ciertas formas pasivas de la traición, es decir, formas de traición que se caracterizan por un no-hacer. Aquí encontramos modalidades de traición como denegar el auxilio a quien está necesitado, el ser un malagradecido con un benefactor, así como también el abandonar a los amigos y compañeros. Luego, se distinguen formas de la traición caracterizadas por una acción directa. Allí, primeramente, encontramos formas de la traición ligadas con el decir, con el hablar, entre las que la delación es la más destacada. Finalmente, se avanza hacia otras formas de la traición que van más allá de delatar y transitan hacia tras formas del hacer, como son la colaboración e incluso la conversión.

PALABRAS CLAVE: Chile, Traición, Testimonios, Dictadura.

---

<sup>1</sup> Este trabajo forma parte de la investigación titulada *Formas de la traición en el Cono Sur: Hacia una taxonomía crítica*. (Fondecyt N°1210232, 2021-2023).

## ABSTRACT

This article seeks to show the different ways in which betrayal is presented in Chilean testimonies of political imprisonment and torture. In order to do so, we distinguish degrees and ways in which this phenomenon appears in the texts. In the first place, certain passive forms of betrayal can be observed, that is, forms of betrayal that are characterized by a non-doing. Here we find such forms of betrayal as refusing help to one who is in need, being ungrateful to a benefactor, as well as abandoning friends and companions. Then, we distinguish forms of betrayal characterized by direct action. Here, first of all, we find forms of betrayal linked to speaking, among which informing is the most prominent. Finally, we move on to other forms of betrayal that go beyond telling and move on to other forms of doing, such as collaboration and even conversion.

KEY WORDS: *Chile, Betrayal, Testimonies, Dictatorship.*

*Recibido: 23 de enero 2023.*

*Aceptado: 10 de abril 2023.*

## INTRODUCCIÓN

La traición, así como la figura de/la traidor/a, han ocupado un lugar preferente e incluso fundacional en el imaginario cultural de Occidente. Suele haber una traición y un/a traidor/a en el centro de los acontecimientos históricos decisivos. Efiltes traiciona a Leónidas y a los Espartanos; Bruto traiciona a César; Talleyrand, a Napoleón. En América Latina no es diferente: la Malinche traiciona a los aztecas; Juan José Estrada traiciona a Bolívar; y Pinochet, a Allende. La presencia histórica de traidores/as se ve soportada por una estructura anterior, que proviene de los relatos míticos. En los mitos olímpicos, por ejemplo, Zeus traiciona a Cronos; Prometeo, a los dioses, etc. Lo mismo sucede en la tradición bíblica: Dalila traiciona a Sansón, Judas traiciona a Jesús, etc.

Acompaña a esta presencia histórica y cultural, el desprecio evidente y transversal hacia esta práctica. El/la traidor/a y la traición despierta, como dice bien Ruiz, “rechazo, aversión y repulsión. El asco, asociado a lo sucio y/o contaminado”. En consecuencia, “...Los traidores aparecen como los elementos infectos” (Ruiz 6). Quienes traicionan son despreciables y la traición es el gesto más bajo. Dante le asigna a las y los traidores el círculo número IX del infierno, pues es allí donde está atrapado El Diablo o Satanás o Lucifer. El ser considerado traidor o traidora implica recibir el peor de los castigos sociales: un desprecio absoluto que condena a un ostracismo irredimible. No hay salvación para los traidores<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Tal vez sea a causa de esta transversalidad histórica y esta unánime valoración negativa que distintas disciplinas le dan espacio a la traición como objeto de estudio. Hay investigaciones

Es a raíz de su importante presencia y su unánime condena que sorprende su oscuridad conceptual. Como escribe Jackson, “...there has been surprisingly little written about what we even mean by the term” (72). Ha habido algunos esfuerzos por subsanar este problema (Cf.: Ben-Yehuda, 2001; Jacoby, 2011; Tankó, 2014; Åkerström, 2017; Avishai, 2017; Catalán, 2020, Santos-Herceg, 2022), pero lo cierto es que, como pone en evidencia María Olga Ruiz, cuando se trata de traición “...no existe consenso, en las investigaciones de corte académico [...] respecto a qué conducta o transgresión merece ser calificada de este modo” (9). De hecho, en el caso de Chile, los pocos los trabajos que se adentran en este tema<sup>3</sup>, no lo hacen desde el punto de vista conceptual. Esta es, justamente, la perspectiva propuesta para el siguiente análisis. Se tratará de una aproximación filosófica al tema de la traición. Como ha señalado Tugendhat “La filosofía consiste, pues, en buena medida en aclaraciones de conceptos” (370). Metodológicamente, no obstante, se presenta un problema que ya fue planteado por Patricio Marchant hace años, cuando recién terminaba la dictadura chilena: “¿Cómo abordar filosóficamente la catástrofe?” (222), lo que en nuestro caso se traduciría en ¿cómo abordar filosóficamente la traición durante la dictadura militar chilena?

Casi la totalidad de la literatura filosófica acerca de la traición arranca, tiene como referencia directa o bien usa constantemente ejemplos tomados de la literatura ficcional a la que recurre constantemente para hacer los análisis. Se ha escrito, incluso, respecto de la necesidad y virtud de hacerlo (Cf.: Jackson, 2000, 74). En este caso, por inspiración agambeniana/arendtiana, serán los testimonios de prisión política y tortura la vía de ingreso a nuestro objeto de estudio. Esta decisión nos enfrenta a una serie de problemas. Por supuesto, está el asunto complejo de qué vamos a entender por testimonio y la dilucidación de problemas teóricos que ello presenta. Para efecto de

---

relevantes en el ámbito de la psicoterapia (Betrayal Trauma Theory), de la literatura (Longoni, 2005 y 2007; Reati, 2013) y de la sociología (Åkerström, 1991). Existen aún más en el campo de la historia (Boveri, 1957; Castillo, 2019; Fernández y Sapierei, 2019; Gargantilla, 2019) y se la considera tema asimismo en los estudios culturales (Ruiz, 2010, 2014, 2018) y la antropología (Tello, 2014). Desde la perspectiva de la ciencia política también ha sido abordada (Ragués i Vallès, 2006) e incluso desde la lingüística (Ramírez, Ramírez y Díaz, 2013).

<sup>3</sup> Existen, por supuesto, excepciones. La publicación de los testimonios de Marcía Merino (1993) y Luz Arce (1993) desató una álgida discusión y crítica que continúa hasta hoy (Eltitt, 1996; Richard, 1998; Escobar, 2000; Elgueta, 2008; Ruiz, 2014; Bustamente, 2014; Pizarro, 2015; Schuffer, 2016; Navarrete, 2016; Pizarro, 2022, entre otros/as). Junto a ello es necesario destacar los trabajos de María Olga Ruiz centrados principalmente en los casos relativos al MIR (2010, 2014, 2018), así como también lo que ha escrito junto con Tamara Vidaurrázaga (2019). Un antecedente importante es también el trabajo de Evelyn Hevia (2014) sobre las memorias de Villa Grimaldi. Una mención particular merece el libro de Fernández y Sampieri (2019) quienes siguen el tema de la traición a lo largo de toda la historia de Chile.

nuestro análisis, además, se suma el problema de cómo podemos configurar el corpus de análisis. La cuestión más compleja, sin embargo, es de qué modo sería posible trabajar filosóficamente los testimonios o, en otras palabras, cómo se pueden abordar los testimonios de manera que sean filosóficamente significativos.

El Campo testimonial chileno, como se ha puesto ya de manifiesto, está constituido por un amplio corpus de textos que se caracteriza por su riqueza, complejidad y polifonía (Pizarro y Santos, 2019). Los testimonios que lo conforman<sup>4</sup>, de hecho, son en extremo diversos entre sí. Tienen diferentes facturas, utilizan distintas estrategias formales (cartas, diarios, relatos breves, intercalaciones), se basan en formas narrativas dispares (epopeya, el viaje a los infiernos, el melodrama, la novela de formación, la confesión, o la hagiografía, etc.). Distan incluso en el uso del lenguaje. Algunos incluyen dibujos; otros, fotos. Unos transcriben textos de otros autores o citan testimonios de ajenos. Hay diferencias, de hecho, en qué es lo que se cuenta, pues las experiencias mismas fueron incomparables. En algunos textos aparecen eventos que en otros se omiten. Las diferencias parecen ser lo más sobresaliente (Santos-Herceg, 16).

La traición, sin embargo, está casi siempre presente en estos textos, como si fuera parte de lo que he propuesto llamar “pro-experiencia de la prisión política en Chile” (2019, 16-17), es decir, aquella experiencia básica que siempre aparece relatada en los testimonios, pese a las diferencias individuales de cada vivencia particular. Si bien en estos textos no encontramos una reflexión filosófica en el sentido de un “decir proposicional” sobre la traición, si hay abundante material que la muestra. Los testimonios, siguiendo la distinción propuesta por Schildknecht, “muestran” “no proposicionalmente”<sup>5</sup>, formas de comprensión y ordenamiento conceptual del fenómeno.

---

<sup>4</sup> Hasta el momento se han encontrado más de un centenar de textos testimoniales considerando tan solo los escritos en primera persona por las víctimas mismas y publicados en formato de libro. A este número hay que agregar los testimonios publicados en formatos más breves (en algunos casos en formato de compilación, otros como capítulos de libros y artículos de revista), así como también aquellos que están escritos con el apoyo de algún “intelectual solidario”.

<sup>5</sup> Aludiendo a la distinción propuesta por Schildknecht, lo propio de la escritura científica —como el discurso filosófico académico— es que posee un carácter “proposicional”. Los testimonios, sin embargo, como en general los discursos cercanos a la literatura, tienen un carácter “no-proposicional”. Lo que sugiere la autora es ampliar las posibilidades de conocimiento filosófico a este tipo de discurso (1994, 23). Se trata de incluir el “...camino indirecto, mostrativo, indicado por la literatura” (23-24), de incorporar formas de saber filosófico que “... no se dejan comunicar mediante el ordenamiento de forma textualmente de tipo enunciativo” (24) y que se acercan al modo literario de conocimiento en que el saber no se encuentra expresa y directamente en los textos, sino que se trasmite a través de ellos; es mostrado, no dicho. No

Dicho ahora en términos de Arturo Andrés Roig, los testimonios son portadores de “filosofemas”<sup>6</sup>, en los que es posible rastrear unidades de sentido.

Lo relatos de traición abundan en los testimonios. Los detenidos traicionan a sus camaradas, los partidos y los dirigentes traicionan a sus militantes, los militantes se traicionan entre sí, los vecinos, los amigos, los compañeros de trabajo se traicionan unos a otros, los uniformados traicionan a sus instituciones, etc. Quizá sea a raíz de esta sobreabundancia que se hace evidente que la manera en las que aparece la traición en los testimonios no siempre es la misma, dando pie para sostener que es necesario distinguir entre diferentes formas de traición.

Ana Longoni, en su conocido libro sobre la traición, aludiendo a un pasaje de la novela *Recuerdo de una Muerte* de Bonasso (1993), propone que, según el autor, en la traición existe una suerte de escalafón lo que se reflejaría en el uso de palabras como «claudicación», «traición» y «seducción», términos que implicarían matices: rendición ante el enemigo, pasarse de bando, desear entregársele. La conclusión de este análisis, según Longoni, es que en la traición se pueden distinguir grados y estilos (Longoni 101). A partir de esta intuición se sostendrá que la traición que aparece en los testimonios chilenos es representada con diferentes grados y que, de hecho, a partir de estos relatos se puede distinguir conceptualmente entre distintos tipos de traiciones.

La cuestión de los grados apunta a que sería posible sostener que se puede ser más o menos traidor, que la falta puede considerarse de mayor o menor gravedad. Como se verá, estas distinciones se hacen en los testimonios sobre la base de criterios como la cantidad de actividad desplegada (se puede ir desde la omisión, pasando por el simple decir, hablar, hasta llegar a la actividad concreta y concertada), el nivel de libertad y conciencia con la que se actúa, pero, sobre todo, de acuerdo con la magnitud y profundidad del daño causado. Por otra parte, aunque claramente emparentado con el tema de los grados, está el de los diferentes tipos de traición. A juzgar por lo que se puede observar en los testimonios, habrían existido acciones que, aunque emparentadas, son cualitativamente diferentes. Todas estas acciones son habitualmente denominadas con la misma categoría –traición–, pero su descripción y el juicio que

---

hay, de este modo, argumentación, sino más bien puesta en escena. De allí la utilización de metáforas, figuras, anécdotas, situaciones puntuales, relatos, etc.

<sup>6</sup> Es José Gaos quien propone pasar de la noción de filosofía a la de pensamiento o idea, sugerencia que a Roig le parece acertada en tanto que, como señala, estas nociones, son más amplias, abarcan “...no sólo la filosofía expresada conceptualmente, sino también a los filosofemas incluidos en las diversas formas de representación” (Roig, 1986, 61). La noción de idea incluye todos los actos de pensamiento que, como dice Roig, “pueden estar saturados de filosofar, sin ser académicamente filosóficos” (2001, 53).

se hace sobre ellas difiere. Se intentará, entonces, distinguir las acciones utilizando para ellas diferentes nombres.

## DEJAR DE HACER

Comenzaremos por rescatar ciertas formas pasivas de traición, es decir, traiciones que se caracterizan por un no-hacer o un dejar de hacer. Catalán comenta que “Hay dos modos de traición: el activo y el pasivo. [...] El modo pasivo se realiza de forma negativa: no dando un paso adelante, sino dando un paso atrás; no atacando a la víctima, sino negándole la ayuda que le debe en el preciso momento en que la necesita” (Catalán 15). En otras palabras, las formas pasivas de traición estarían ligadas con la idea del abandono.

La cuestión del abandono adquiere diversas modalidades en los testimonios. En primer lugar, está aquel que abandona en tanto que no ayuda, que no auxilia a alguien que lo requiere. Denegar el auxilio requerido puede, en efecto, ser considerado una traición. Sadi Joui cuenta en su testimonio que logra escapar de su prisión en el Buque llamado Maipo, luego de recorrer un largo tramo escondido entre cerros y bosques, logra llegar hasta la casa de un amigo y compañero de partido. “Me atrevo a golpear tímidamente, al momento abre la puerta el obrero municipal Paillaqueo, me reconoce, me abraza cariñosamente y se pone a llorar” (27). Paillaqueo le ofrece de inmediato que se quede pero, luego de conversar con su mujer, se retracta: “—Compañero. No se va a poder quedar en mi casa. Mi señora está llorando y está asustada y nerviosa, porque Ud. está aquí”. La reacción de Sadi Joui es la de la comprensión: “—No se preocupe, Paillaqueo. No quiero causar problemas. Me voy inmediatamente. Paillaqueo se siente mal. Está un poco avergonzado. Me prepara una bolsita plástica con unos sandwichs y huevos duros. Me despido de la señora” (27). El de Paillaqueo es el caso de aquel que se niega a ayudar, a auxiliar a alguien que está en peligro, que está sufriendo, que está en necesidad. Decide no hacer nada, negándose a prestar auxilio pudiendo y debiendo haberlo hecho, abandonando a su amigo y compañero a su suerte. Es el vínculo partidario y de amistad entre Sadi Joui y Paillaqueo lo que genera en este caso una expectativa normativa, una obligación de asistencia que no se cumple, violando con ello el tácito convenio que constituía un nosotros, la unidad de los compañeros del partido y que, por ello mismo, hacía exigible la lealtad entre ellos. La vergüenza de Paillaqueo parece mostrar lo evidente de esta falta, incluso para quien la comente.

Cercano pero diferente es el caso del Ingrato o Malagradecido. Ser un malagradecido es otra forma de omisión que podría ser considerada, bajo ciertas circunstancias, como una traición. El mocito de la municipalidad de Maipú era, según cuenta Alejandro Mujica en su testimonio, un exmilitar, algo tonto y rastrero que tenía trabajo gracias la solidaridad de los dirigentes de la UP. “Este mocito seguía trabajando, porque la izquierda lo ayudaba. ¡Pero él era Nacional de Derecha!” (25). Todo cambia el 11 de

septiembre del 73. Escribe Mujica-Olea: “¡Este 11 de Septiembre era un nuevo ser humano o la transformación de un gusano, en una serpiente venenosa!” (24). Él sabía lo que sucedería con días de antelación. “Hace varios días, nos advirtieron que nosotros volveríamos a ser autoridad en este país y anoche me confirmaron que estoy a cargo de la seguridad de la Municipalidad de Maipú. Pronto me traerán comida, el uniforme y mi ametralladora” (26). No le había advertido a nadie que se venía el golpe. Luego de ocurrido queda a cargo y trata a todo el mundo con enorme prepotencia (24-26). El mocito es, claramente, un malagradecido: fue beneficiado por la generosidad de sus enemigos políticos y podría haber advertido a sus benefactores del peligro que los acechaba o, al menos, podría haberlos tratado con deferencia y dignidad cuando asumió el poder. El mocito decide no hacer aquello que habría hecho alguien que fuera agradecido, con ello quiebra el vínculo de gratitud con aquellos que lo beneficiaron: opta por no pagar su deuda de gratitud y con ello parece transgredir su obligación de lealtad.

Una tercera modalidad en la que aparece el abandono en los testimonios es la de los desertores o fugitivos. Quienes escriben sus testimonios se quejan amargamente, sobre todo, de algunos dirigentes que, tras el golpe, simplemente dejan todo y a todos botados para salvar su pellejo. Escribe Mujica-Olea, por ejemplo, “¡Más tarde supimos que Altamirano se habría asilado como una rata! Muchos siempre hemos creído que Altamirano trabajó para la CIA ayudando a desestabilizar nuestro gobierno...” (31). También Alejandro Witker comenta que “... hubo dirigentes que asumieron sus responsabilidades al riesgo de sus vidas y también los hubo que huyeron y desertaron cobardemente. ¿Usted cree, compañero, que las próximas batallas deberán dirigirlas los «generales» que dejaron todo botado, olvidando sus responsabilidades y sus palabras sonoras sobre el enfrentamiento?” (86). Los dirigentes de los partidos ocupan un lugar privilegiado en el contexto de aquel nosotros que son los partidos políticos. Ellos detentan cargos que implican responsabilidad, lo que hace posible exigir cierta conducta de respeto por el vínculo, así como también una actitud de lealtad. El dirigente que escapa, que huye, dejando “en la estacada” al partido y a sus compañeros, traiciona la confianza que se le ha depositado, quebrando el pacto de lealtad.

## DECIR

Hasta este punto se han revisado algunos casos de traición pasiva, de un cierto no-hacer traidor que aparece en los testimonios. Pasando ahora a la actividad, es decir, a la traición activa, en los testimonios aparecen, primero, acciones ligadas con el decir, esto es, acciones que son palabra. Åkerströmm distingue entre dos grandes tipos de traición: las traiciones en la forma del “*leaving*” (dejar, abandonar) y las traiciones en la forma del “*telling*” (decir) (Cf. 1991, 5ss). La cuestión que está en juego aquí es, en general, la de la delación. *Proditio* es el término latín que parece estar detrás de esta acción. Se puede traducir al castellano como delación, pero también como denuncia,

revelación de secretos, incluso se puede traducir directamente como traición. La cuestión central en la delación es la entrega de información, por ello es que se trata de un decir. Como se puede ver en los testimonios, sin embargo, no todas las delaciones son iguales, así como no todos los decir lo son.

Un primer caso de delación que aparece en los testimonios es el del soplón o informante. Se trata de un sujeto que entrega una información, una información secreta, o que, al menos, no debería haberse revelado. Dicho soplónaje tiene como consecuencia, en este caso, la prisión y la tortura para alguien. El soplónaje abundó durante la dictadura en Chile y fue parte fundamental del mecanismo que llevaba a los CCDT<sup>7</sup>. El testimonio de Mario Artigas se abre, de hecho, con la siguiente frase: “Las denuncias y el soplónaje, pasaron a constituir los elementos de uso permanente para la detención o el secuestro de personas, permitiendo mezquinas venganzas personales y colectivas” (11). Es sin duda a raíz de ello que la figura del soplón aparece en gran parte de los testimonios. Sin ir más lejos, por ejemplo, Ibar Aibar tiene un capítulo en su texto titulado “Aliste - el soplón”. Allí cuenta que llega una patrulla a su casa y comienzan a interrogarlo. Comienza por dar su nombre, cuando un sujeto interviene: “—Es él. Yo lo reconozco. Es el mismo que andamos buscando, dijo un civil que acompañaba al pelotón apostado frente a mi casa. Es del Clarín. Péguenle no más. Mátenlo. Es un «upeliento», (de la Unidad Popular), acotó el soplón. El hombre de civil, Sergio Aliste, era del barrio, un comerciante” (143). También fue un vecino, el de la tienda de la cuadra, quien denuncia al hermano de Luz Arce. Estando en Villa Grimaldi juntos éste le dice a Arce: “—¿Te acuerdas de Navarrete? —¿Raúl? —Sí. Ese día que fuiste al Hospital Militar, fue al negocio y nos pusimos a conversar. Le dije todo, que estabas en libertad, que te habías cagado a la DINA. —¿Le contaste todo lo que sabías? —Todo. Perdóname, pero para mí, él era un compañero. Cuando me di cuenta quería morirme, sabía todas tus cosas” (Arce, 113).

En un sentido cercano, cuenta Rolando Álvarez que los aviadores llegan al Hospital en el que trabajaba y que “... un compañero de trabajo, un médico, le dijo a un carabinero algo al oído, entonces el carabinero sacó un revólver, me lo puso en la cabeza y mi compañero me acusó de extremista... el nombre de quien me delató es importante tenerlo presente, se llama César Sisdedos. Ese señor era compañero de curso mío, cirujano” (33). Patricio Santelices, por su parte, cuenta en su testimonio que conoció a una mujer a la cual también la delató un colega (60). Juan del Valle es denunciado por su jefe:

Qué frío sentí y un hielo aterrador recorrió en fracción de segundos por todo mi cuerpo al reconocer la voz de Celada, nuestro jefe directo en aquel grupo y

---

<sup>7</sup> Centros de Detención y Tortura



además jefe en nuestro trabajo diario; por supuesto yo no tenía idea que estuviera también detenido y mucho menos me iba a imaginar que el daría nuestros nombres, menos aún que él diría algo referente al fatídico 11 de Septiembre (29).

El soplón, según se puede ver en los testimonios, tiene una cercanía con quien es denunciado: vecino de la cuadra (comerciante), compañero de trabajo, colega, etc. Se trata de una cercanía circunstancial, casual, no elegida. Estrictamente, sin embargo, hablar de traición en estos casos no resulta fácil, pues resulta complicado sostener que dicha cercanía implique un vínculo entre los sujetos, sobre todo que dicho vínculo haya generado algún sentido de pertenencia, de nosotros, que haga suponer la existencia de alguna obligación de lealtad. No estaría presente aquella “relación densa” de la que se habla en la literatura sobre traición como requisito para que esta tenga lugar<sup>8</sup>. De acuerdo con lo relatado en los testimonios, quien es objeto de un soplónaje, sin embargo, experimenta dolorosamente lo acontecido. En los textos se puede apreciar claramente que para la víctima si parece haber existido un vínculo de confianza que se quiebra. Parecen suponer que, por ser vecino, por compartir cierta cotidianidad, o por ser colegas y ser parte de una misma institución, eso supondría que se puede tener determinadas expectativas normativas que excluirían el soplónaje. De allí la sorpresa que experimentan y el dolor que sienten al ser entregados. De allí también esa suerte de revancha o venganza al dejar por escrito en sus testimonios el nombre completo del traidor: Sergio Aliste, Raúl Navarrete, César Sisdedos, Celada.

Distinto es el caso del delator cuando entre el denunciante y el denunciado hay claramente un vínculo estrecho (compañeros de partido, amigos, familiares, etc.). Aquí la palabra adquiere mucho más nítidamente la forma de la traición. Se delata a alguien con quien se comparte un nosotros y respecto del que se tienen obligaciones de lealtad. Como se pone en evidencia en los testimonios, no todos estos casos de delación son, sin embargo, iguales, pues no todos ellos tienen lugar con el mismo grado de libertad. Hay aquí, de hecho, muchos lugares que van desde una delación consentida<sup>9</sup>, en la que se entrega información con plena libertad a sabiendas de las consecuencias de ello, hasta llegar a una delación forzada en la que la libertad parece estar completamente ausente.

---

<sup>8</sup> “A serious breach of serious trust is nothing other than a betrayal of a thick relation” (Avishai, 84).

<sup>9</sup> El consentimiento alude aquí a una delación en libertad, sin apercibimiento alguno. El traidor delata a aquel con el cual lo une un vínculo de lealtad y lo hace libremente. Este delator nunca es, sin embargo, un simple delator, pues ya ha pasado, con este mismo gesto de libertad, a la colaboración e incluso a la conversión. Volveremos sobre este caso, por lo tanto, más adelante.

Los relatos que aparecen en los testimonios acerca de la delación propia siempre buscan calzar con el caso del delator a quien se le ha arrebatado la palabra, para usar un término de María Olga Ruiz<sup>10</sup>. Hevia explica que:

La delación constituiría el primer paso del quebrantamiento del prisionero bajo condiciones de tortura, el torturado entrega nombres, puntos de contacto, redes de la organización u otros datos que, a la luz del contexto del interrogatorio bajo tortura, para muchos sobrevivientes se vuelve comprensible y hasta justificable... (26).

Jorge Montealegre confiesa en su testimonio:

Nos torturaban para que “sopláramos” ...Nuevamente pidieron nombre. Di nombres. Los más queridos eran los más buscados. Y ya sabía que los buscaban así que nombrar al jefe del partido o a Luis Maira, a Jacques Chonchlo, a don Rafael Gumucio, no era revelar el nombre de una persona desconocida, ya había pasado un mes del golpe, suponía que estaban vivos. Era mi justificación. Entregué un par de nombres. Solo compensa ese bochorno la tranquilidad que me da la certeza de que nadie cayó ni tuvo un mal rato por mis “confesiones”. Tal vez nadie calló en el Estadios. Salvo los héroes, que tienen que haber existido (137).

La manera en que Hernán Valdés relata su delación tiene mucho en común con la de Montealegre. En primer lugar, confiesa en una sola frase su falta. Tal como hiciera Montealegre cuando escribe tan solo “Di nombres”, Valdés escribe “Nombro a algunos”. Son frases cortas y rápidas, como un golpe, como una confesión que se ha contenido, de la que uno se avergüenza y, por lo tanto, se hace de una vez. Se lanza, como para que el lector pase rápidamente por allí y siga su camino de lectura sin detenerse mucho. Pasar el trago amargo de la confesión de una vez. Quizás con la extraña esperanza de que nadie se detenga en lo horroroso, en lo escandaloso de lo escrito.

Los autores, por otra parte, insisten en que su delación, al parecer, no ocasionó daño a nadie. Escribe Valdés: “Los amigos a quienes “delaté” no han sido traídos” (205). Del mismo modo, Montealegre había escrito que “que nadie cayó ni tuvo un mal rato por mis “confesiones” (173). Esta constatación parece aliviar un poco sus conciencias. Pese a que nadie habría sido detenido por su delación, Valdés igualmente se siente culpable: “Me reprocho no haber soportado un poco más, pero quizá porque

---

<sup>10</sup> “La “entrega” de información también merece ser examinada con más cuidado. En primer lugar, habría que señalar que la información entregada es, en estricto rigor, información arrebatada a través de la violencia extrema. No se trata, por tanto, de una entrega sino de una expropiación forzada e impuesta” (Ruiz, “La palabra arrebatada”, 11).

la exacta noción del terror y el sufrimiento se olvida. No pueden reproducirse como sensaciones” (186). Valdés y Montealegre confiesan y sufren su delación, no pretenden negar lo que hicieron, sin embargo, deslizan justificaciones. Valdés sospecha que su autorreproche podría deberse a que se olvida la dimensión del dolor y sufrimiento al que fue sometido para que hablara. Montealegre cierra su confesión diciendo que “Tal vez nadie calló en el Estadio. Salvo los héroes, que tienen que haber existido” (173). Sostienen, entonces, que la palabra les fue arrebatada: no hubo libertad alguna en su delación. Mallol escribe al respecto: “[...] es evidente que nadie habla, pues es un acto voluntario; más aún, hablar es un acto que emana de una decisión racional, tomada en condiciones relativamente aceptables. A las víctimas se les arranca información mediante la aplicación de tormentos atroces que van pulverizando sus referencias y sus razones” (40).

Se ha dicho que la libertad al momento de ser desleal y violar una confianza depositada sería una *conditio sine qua non* para poder hablar de traición. Dicho negativamente, no toda violación de confianza, ni toda deslealtad, sería traición, puesto que hay algunas que se comenten sin libertad. La concurrencia o no de libertad por parte de quien viola la confianza depositada, sin embargo, no es un elemento que determine la existencia o inexistencia de traición, sino que afecta más bien la asignación de responsabilidad. Es por esta razón que quien delata bajo tortura sin duda traiciona, pero no necesariamente se le puede responsabilizar moral, legal o jurídicamente de dicha traición, pues su acción puede obedecer a lo que jurídicamente se conoce como “miedo insuperable”. Es posible delatar sin ser traidorx, puesto que la falta de libertad exime de responsabilidad por el incumplimiento de la obligación. Así relata Marcia Merino su primera delación:

No pude soportar la tortura mía y la de otros, el dolor físico, el miedo, el pánico... el horror inconcebible que viví a partir de ese momento. Entre la desnudez, los estertores producidos por la electricidad, la vejación, los golpes, grité sin poder controlarme, el primer nombre: María Angélica Andreoli (6).

A juzgar por lo que encontramos en los testimonios, sin embargo, no abandona al delator la sensación de haber cometido una falta horrible. Luis Alberto Sánchez cuenta la historia de un compañero de cabaña en Tejas Verdes que no dejaba de recriminarse por haber delatado a su compañero: “El hombre me dijo que él era un traidor, ya que delató a su compañero” (102). La confesión parece una forma de expiar su culpa. Es, sin duda, lo que hacen Valdés y Montealegre, pero también lo que hace Luz Arce en su testimonio. Todo su testimonio es presentado, sin ir más lejos, como una confesión que se inicia en una terapia con un sacerdote.

La víctima, por su lado, no olvida ni menos perdona a su delator. Cuenta Luís Alberto Sánchez que un día llegan prisioneros nuevos y se ven el delator con el delatado. “Recuerdo una fugaz mirada entre ambos. Jamás podré olvidar la mirada del

odontólogo, una mirada de recriminación, de dolor e impotencia realmente indescrip-  
tible” (103). No parece haber justificación posible para delatar a un compañero. Nubia  
Becker escribe en su testimonio:

Allá en el Sur hablaron dos de los que caímos en septiembre del ‘73. Fue un  
tiempo durísimo. El salvajismo era alentado por la revancha y se ensañaron con  
nosotros. Sin embargo, cuando se supo que esos dos habían «hablado», nadie  
lo pudo justificar, a pesar del horror que se vivía, y tampoco, nadie, quería estar  
en el cuero de ellos (17).

Se comprende, entonces, que la delación tenga un castigo al interior mismo de  
la prisión. Cuenta Manuel Ahumada que un día los prisioneros del Cerro Chena son  
sacados de sus Celdas y se les autoriza para lavarse en un riachuelo.

Solo uno se quedó aislado, entre el grupo de presos y las salas de la escuelita.  
No hizo intento alguno por incorporarse, mantuvo siempre la vista pegada al  
piso. La indignación en los viejos ferroviarios, para con el preso solitario, era  
evidente. Era quien los había nombrado durante una sesión de tortura, según  
reconociera el mismo entre lágrimas (90).

La segregación no es el único castigo, en ocasiones, este se vuelve físico.  
Santelices cuenta que conoció a una mujer a la cual la delató un colega y que “[c]  
uando volvieron del interrogatorio los compañeros del que «cantó», le zurraron, por  
soplón” (60).

## HACER

Hay delaciones que trascienden el mero decir e incluyen el hacer en tanto que  
actuar concreto y directo. En los testimonios hay casos paradigmáticos de ello. El besar  
como gesto de delación y el recuerdo de Judas aparece allí, por ejemplo, en más de  
alguna oportunidad. Según su testimonio, fue Hugo Cárcamo, su compañero del MIR,  
quien entregó a Marcia Merino: la citó, le hizo preguntas, intentó sacarle información y  
luego la acompañó a su casa. Entonces la delata con un beso. “Hugo me acompañó hasta  
la entrada del edificio, me dio un beso en la mejilla y se fue (Merino, 20)<sup>11</sup>. El apuntar

---

<sup>11</sup> Marcia Merino “entrega” a mucha gente. El **beso** aparece cuando ayuda a la detención  
de Héctor González. Cuenta Merino que lo reconoció y que no pudo controlar su miedo, que  
fue detenido y llevado a José Domingo Cañas: “... me fueron a buscar porque Héctor quería  
hablar conmigo. Me llevaron a la sala de tortura... me sacaron la venda y vi a Héctor desnudo  
y amarrado en la “parrilla”. Me pidió que me acercara y que le diera un **beso en la mejilla**”  
(46).

como delación también aparece en los testimonios<sup>12</sup>. El dedo delator, podría llamarse. El famoso encapuchado del Estadio Nacional no habla, solo apunta. Rolando Carrasco lo describe de la siguiente forma: “Ex militante de un partido popular, la tortura y las amenazas de muerte a su familia de sus captores, lo transformaron en traidor y delator. Con su dedo índice, y oculta su identidad con el capuchón llevó al cadalso a varios ex hermanos...” (87). Este personaje aparece en cada relato testimonial de quienes pasaron por ese CDT. El gesto siempre es el mismo<sup>13</sup>: Alberto Gamboa habla de que “Se paseaba lentamente frente a nosotros, sin decir palabra. De vez en cuando detenía su marcha para levantar su índice acusador y señalar a un hombre. De inmediato, éste era separado, generalmente con violencia, del grupo. Siempre eran cuatro o cinco los hombres escogidos” (47). Adolfo Cozzi agrega dramático a su relato:

En el marco de la puerta apareció entonces un encapuchado. Una tela negra le cubría la cabeza y parte de los hombros. A través de dos orificios sólo se veían sus pupilas moviéndose de un lado para otro en el globo ocular, recorriendo implacablemente cada uno de nuestros rostros. Hubo un silencio de muerte. Hasta que extendió un brazo que se alzó como un ala negra y señalando a uno de los presos, dijo: —Ese, ése que está ahí. Lo sacaron a empellones, a culatazos y patadas. Dieron un portazo. Cerraron con llave. Se oyeron gritos (78).

Una acción delatora algo más compleja es el llamado “poroteo” en los testimonios. Detalles sobre esta práctica se pueden encontrar en el testimonio de Marcia Merino, pues ella misma fue sacada a porotear cuando estaba en José Domingo Cañas: “[d]etenida en este recinto, me sacaron a ‘porotear’, es decir, salir a la calle a reconocer gente. Este término ‘porotear’ era una expresión de los agentes de la DINA” (46). Luz Arce cuenta, a su vez, que “[s]e nos dijo que a partir de ese día comenzaríamos a ‘porotear’, o sea, ir con los equipos a que habíamos sido asignados, a mirar por las calles de Santiago identificando militantes” (143). La práctica parece consistía en subir a un prisionerx en un auto y se le llevaba a pasear por la ciudad. Tan pronto

---

<sup>12</sup> “José Castro vendiendo a sus propios colegas. Nada era novedoso en este aspecto, el propietario de una zapatería, el hijo del almacenero, del agricultor acaudalado, “dos transportistas”, eufemismo utilizado para nuestros criollos camioneros, todos señalando con su dedo acusador a los peligrosos “izquierdistas”” (Arellano, 26).

<sup>13</sup> “El encapuchado, por último, era un personaje siniestro. Solía recorrer el Estadio junto a soldados armados, **mientras señalaba con su dedo índice** a determinados presos, los cuales eran sacados a viva fuerza y llevados del sector. Normalmente, no sabíamos más de ellos. En el encapuchado se concentraban nuestros más oscuros sentimientos, pero rogábamos también que no nos fuera a señalar a nosotros. Cuando ya pasaba, respirábamos tranquilos” (Morales, 45).

reconocía a alguien debía avisar a los agentes, quienes hacía la detención al instante. De hecho, ni siquiera era necesario avisar expresamente. Merino cuenta que estando en el auto reconoció a una compañera, permaneció en silencio, sin decir nada, tratando de disimular; pero “en ese momento el pánico me invadió. No pude evitar que ellos se dieran cuenta de ello. La reconocí. Jacqueline Binfa fue detenida y actualmente está desaparecida” (46). Luego le ocurrió lo mismo con otro compañero e insiste: “Lo reconocí. No pude controlar mi miedo. Fue detenido” (46). La práctica llega a ser tan central que Nubia Becker le dedica un capítulo completo de su testimonio (37-39). Ella describe, no obstante, una manera algo diferente de porotear (39). Se trataba de sacar a los detenidos para usarlos como una suerte de “cebo”, de carnada que se ponía en una calle para atraer a los militantes:

En ese tiempo no era raro ver el espectáculo de algún ser, con un aire de total desamparo y vestido como de prestado, patéticamente parado en alguna esquina del centro, de Providencia, de Vicuña Mackenna u otro rumbo conocido como zona de contactos o paso de “extremistas”. Ese pobre infeliz, hombre o mujer, era un prisionero “poroteado” (38).

En una primera mirada, los elementos involucrados en estos casos parecen ser los mismos analizados antes en lo que se ha visto respecto de la delación dicha, toda vez que el habla es una acción. Entre dar un nombre y apuntar a alguien, desde el punto de vista de la delación, no parece haber diferencia, son simplemente modos diferentes del delatar. A juzgar por los testimonios, no obstante, parece existir un matiz importante que no puede dejar de verse. Como si el actuar que va más del mero decir, del simplemente soltar un nombre en medio de la tortura, no pareciera ser igualable con levantar el brazo y apuntar a alguien presente o besarlo, menos aún identificarlos en la calle para que sean detenidos. Si la palabra es arrebatada en la tortura y la libertad –y por lo mismo queda completamente aniquilada– en la acción de besar, de apuntar, de indicar, siempre parece persistir algún grado de libertad. La traición aquí, por lo tanto, parece ser evidente, sobre todo cuando se trata de delatar a los compañeros de partido, a los familiares, a los amigos, etc.

La pregunta, sin embargo, aún puede plantearse, puesto que en el hacer delator todavía podría sostenerse que, en algunos casos, no hay libertad alguna. Es necesario traer a colación aquí la cuestión del “quiebre”. En el caso chileno se habla de “quebrados/das” para aludir aquellas víctimas en las que la tortura logró su objetivo. La tortura es, usando las palabras de David Pavón-Cuellar, “una estrategia psicológica, psicológicamente concebida y realizada, para conseguir la destrucción psíquica, personal y subjetiva, de quien es torturado” (18). Muchos autores han puesto de manifiesto de diferente forma esta finalidad de la tortura. En términos de Vidal, “(...) el objetivo principal al infligir la tortura es desintegrar la identidad de la víctima” (11). Se produce, como dice Calveiro, una borradura radical, un “vaciamiento” (73). La

tortura busca una limpieza total, un lavado de cerebro. Quien es forzado a apuntar a otro o es llevado a porotear tiende a ser un sujeto completamente quebrado. Esto es, al menos, lo que puede desprenderse de la descripción que hace Marcia Merino de su estado al ser sacada a porotear. Cuenta, por ejemplo, que tan mal estaba que ni siquiera puedo dar su nombre y denunciar a sus captores cuando la dejan en el auto sola y la abordan unos maestros de una construcción: “se acercaron a la camioneta y me preguntaron mi nombre, y quienes eran mis aprehensores. No puede responder. Estaba muy choqueda” (36-37).

Al margen de la existencia de algunos sujetos heroicos que, pese a pasar por el infierno de la tortura, lograron resistir, como dice Jorge Montealegre, resulta difícil establecer que ello sea una expectativa razonable de futuro. No es lo esperable, de hecho, lo más esperable es que, aquel que es torturado, se quiebre. Tampoco, en realidad, parece razonable, por lo tanto, que pueda existir también una expectativa normativa: resistir la tortura más atroz como lo exigible. Marcia Merino relata el momento exacto en que se quiebra: “Cuando por primera vez le reconocí información a Bache, sentí que había traicionado a mi partido. Mi mundo se derrumbaba totalmente. Así como mi entrega a la revolución y al partido había sido total y absoluta, el haber dado antecedentes, aún conocidos por ellos, significaba para mí un quiebre también absoluto” (24).

## HACER (COLABORAR)

El hacer delator se va transformando, en algunos casos, en un hacer colaborador. Nuevamente Marcia Merino muestra en su testimonio este desplazamiento al relatar cómo entrega a María Angélica Andreoli:

Después de una cierta cantidad de cuadras, lo que constituía una rutina de la DINA, me sacaron el scotch, y me llevaron hasta la Bilbao donde tuve que indicar la casa. Mario y Romo me hicieron bajar de la camioneta, y me obligaron a tocar el timbre. Salió una joven, al parecer hermana de María Angélica, a quién le pregunté por ella, y minutos apareció ella. La tomaron de inmediato y la subieron a la parte posterior de la camioneta (33).

Ya no se trata tan solo de delatar, sino de participar activamente en la detención, en las “diligencias”, como se las llama en jerga militar. Por reincidencia en la delación y por la aparición de otro tipo de acciones, más directas, más concretas, la acción se complejiza. Se avanza, entonces, hacia actividades que van desde trabajos de inteligencia, hasta la participación en interrogaciones y tortura. En este punto hay que hablar directamente de colaboración. Luz Arce relata con detalle el momento en que comienza a colaborar. Hay en su testimonio, de hecho, un capítulo llamado “La Colaboración” (112). Allí cuenta cómo empieza todo. Su hermano había sido

tomado prisionero y llevado ante ella: ambos reciben una propuesta de Lawrence para que colaboraran a cambio de su libertad y los dejan pasar juntos una noche para que conversen. Él le comenta que quería venir a sacarla de la prisión. Ella se lamenta en silencio porque la presencia de su hermano lo hace todo más difícil. Finalmente decide: “Tengo que jugar mis propias cartas (...). Está bien, opto por intentar vivir” (116) escribe expresamente y comienza a colaborar.

La colaboración inicial fue dar nombres de militantes, es decir, proveer de información: delación sistemática. Luego fue llevada a las “diligencias” (119). Arce, a esas alturas, pretende estar simulando una colaboración (120), sin embargo, los nombres que da, según cuenta, se traducen en la desaparición de varios militantes. Luego participa activamente en las detenciones<sup>14</sup>. A juzgar por su testimonio, para Arce colaborar parece haber sido una decisión racional, justificada con el interés de salvar la vida de su hermano y conservar la propia. Esta explicación, sin embargo, se tambalea cuando señala, ahora menos racionalmente, que:

Por esos días de agosto de 1974, me sentía cada vez más lejos de la Luz que creía que podía enfrentar todo sin transar en lo que tanto amaba. Sentía la sensación de que me habían arrancado no sólo pedazos de piel, sino del alma. Sentía que me habían quitado toda posibilidad de mantenerme a mí misma, no puedo explicarlo con claridad (122).

Luz Arce está completamente quebrada, destrozada por dentro. Naomi Klein señala que la tortura lleva a un punto a la víctima –el estado de shock– en el que se produce un vacío que deja al sujeto completamente vulnerable, susceptible de reorientar. La reprogramación es, de hecho, la finalidad última de la tortura. Valentina Buló sostiene que “es en la tortura que el cuerpo queda convertido en una tabla rasa, una verdadera página en blanco sobre la cual se pueda escribir el diseño desde cero” (209). Reescribir, rediseñar, sería la finalidad. Fernando Savater y Gonzalo Martínez-Fresneda afirman que “torturar no es destruir, salvo en el grado necesario para construir de Nuevo y de otra forma. Tiene más de remodelación que de puro y simple quebrantamiento” (72). Luz Arce dice que se ha perdido a sí misma, luego de la tortura ha quedado vacía de sí y es transformada en un agente de la dictadura. Se completa así su traición: ha cambiado de bando, aunque su decisión no haya sido libre en absoluto.

---

<sup>14</sup> “Al llegar al domicilio de Álvaro me bajaron de la camioneta y me hicieron preguntar por él en su casa. A mi lado estaba Basclay Zapata, conocido como el “Troglo”, más atrás estaban el “negro” Paz y Osvaldo Romo. Alvaro salió confiado y caminamos unos pasos hacia la esquina. Ahí, entre Romo y el Troglo lo hicieron subir a la parte posterior de la camioneta” (220).



Otro relato de colaboración que aparece en los testimonios es el de Cristián Mallol. Esta vez no es él quien lo hace directamente, sino que es Mario Benavente quien lo incorpora en su propio testimonio. Tiene allí un capítulo titulado “La tortura de Cristián Mallol” (159) en donde transcribe lo que habría sido la confesión que le hace Mallol cuando está a punto de salir en libertad: le ruega que lo escuche antes de irse. Le son descritas con detalle las horribles torturas a las que fue sometido en Villa Grimaldi<sup>15</sup>. La conclusión fue que, como dice, “No pudimos seguir resistiendo. Nos habíamos quebrado. Lo que deseábamos era salir vivos de ese infierno. Ya ni siquiera podíamos reflexionar” (162). Luego de unas semanas en ese estado unos oficiales les ordenan “aparecer en los medios de comunicación llamando a nuestros compañeros a entender que toda oposición era inútil y que había que confiar en los nuevos gobernantes. Ellos restablecerían el orden institucional perdido durante el gobierno de Allende”. Una vez más la confesión de una frase corta y directa: “Así lo hicimos” (162). Mallol acusa a sus torturadores de transformarlo en traidor: “nos convirtieron a traidores”. La responsabilidad en esta confesión se desplaza, el argumento es la fuerza irresistible, la falta de libertad. Mallol insisten en que, luego de ser quebrados, “estábamos dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de seguir con vida” y ellos lo sabían, que “No estábamos en condiciones de comprender lo que pretendían. Creíamos que no teníamos otra alternativa y que hacíamos lo correcto” (162). Benavente es comprensivo: “No somos dioses ni superhombres. Somos seres humanos” (163). Esta comprensión, sin embargo, no exime del todo de la responsabilidad, por eso le habría insistido a Mallol que debía reconocer sus errores: su traición fue efectiva.

El extremo de la colaboración es la de aquel que, sin haber sido quebrado, ni siquiera torturado, decide cambiar de bando. “El más controversial de los temas que atraviesa ese infierno es el de la colaboración, incluido su extremo: los casos de compañeros que se convirtieron en represores” (Bandenes y Miguel, 11). El Fanta es, sin lugar a duda, el ejemplo paradigmático de este traidor. No hay un testimonio directo, sino una entrevista en que confiesa su deserción<sup>16</sup>:

---

<sup>15</sup> “Estuve junto con mis compañeros en Villa Grimaldi. Se nos encapuchó y, luego, se nos torturo durante días y noches. Se nos aplicaba electricidad en los genitales en el ano, boca, golpes en los oídos y por todo el cuerpo. Se nos mantenía colgados de los pies, otras veces, de los brazos durante horas y horas, se nos tuvo en el “palo de arara” durante tiempo interminable. Los golpes no cesaban hasta el punto que ya no los sentíamos. En ocasiones perdíamos el conocimiento. Para continuar la tortura con la asistencia de médicos y con baldes con agua nos hacían recobrar la ¿?? Se nos sumergía la cabeza en recipientes llenos de mierda. Nos sentíamos ahogar. Luego que recuperábamos la capacidad de respirar, se repetía la inmersión. Era terrible” (159).

<sup>16</sup> “El desertor que se pasa al enemigo en una guerra puede actuar por cálculo egoísta sobre el resultado de la contienda, pero también por desafección hacia el propio bando, desde

Yo opté y la verdad es que he pagado con creces mi decisión...En el camino me fui encontrando con otra gente, con otras ideas y las empecé a asumir. La verdad es que como una parte importante de los chilenos, yo creí en el sello que logró imponer el gobierno militar... (Skornik, 02.11.2007).

En el marco de los testimonios es en el de Manuel Guerrero en donde aparece esta figura. Guerrero escribe un capítulo titulado “La mano del traidor”. Allí cuenta que es encarado por su delator en medio de la tortura. “—No huevís pu’, Manuel, veí que yo te conozco —gritó alguien a mi lado” (65). Le da una serie de antecedentes que muestran su profundo conocimiento sobre sus actividades y luego le dice:

Yo te recomiendo que mejor hablís, porque aquí al final todos lo hacen. Hay un lote de viejos del Partido por los cuales se colocaban las manos al fuego, pero que han cantado como locos, y con ellos se ha hecho un trato. Tú también podís hacer un pacto, contar algunas cosas, ayudái su poco y vivís tranquilo después. Total esta cosa va pa’ largo (65-66).

Guerrero entra en crisis y según explica era porque “... esa voz me era familiar” (66). Se desespera por reconocer al traidor, por saber quién es el dueño de esa voz que lo insta a hablar para salvar su vida. La realidad de la traición lo destroza:

En la búsqueda de la unión de la voz y las imágenes fantasmales, borrosas, que acudían, un espanto profundo se fue haciendo patente. Por vez primera la realidad de la traición me estremecía, me aplastaba, hundiéndome aún más, en la incertidumbre, en el miedo y el vacío. Sí, vacío. Un vacío de nada, de ausencia-presencia, de vértigo inmenso, de desarraigo de la tierra, ingravidez, oscuridad y silencio (68).

## CONCLUSIÓN

Se dibuja en esta mirada al campo testimonial chileno una suerte de entramado de acciones traicioneras, cercanas pero distinguibles, emparentadas, pero diferentes. Un entramado que es susceptible de ordenamiento, además. He propuesto aquí uno que reconoce como criterio principal la cantidad de acción desplegada y que va, por lo tanto, desde la inacción (el no-hacer), hasta el despliegue de una multitud reiterada de acciones complejas, pasando primero por acciones simples y, antes de ello, por el liso y llano decir. La ordenación, por lo demás, se ve complementa con otros criterios

---

la del mero resentido por el trato cotidiano que recibe de los suyos hasta la del exiliado que trama su venganza contra el gobierno que lo expatrió” (Catalán, 41).

como son la conciencia o grado de libertad presente, así como también la cantidad de daño provocado. Es posible así desplegar una suerte de mapa conceptual, de cartografía categorial que nos permite nombrar de diferente modo este enjambre de acciones. Se puede distinguir, entonces, un primer grupo de acciones que podríamos aglutinar bajo el nombre deslealtad, en donde se incorporarían las omisiones antes descritas como son la negación del auxilio, el ser un malagradecido y el desertar, todas acciones ligadas al abandonar. Para el segundo grupo de acciones podría usarse el término delación. Allí podrían incluirse aquellos actos ligados a la entrega de información (decir) ya sea libremente, como en el caso del soplónaje, o bajo violencia extrema como en el de la expropiación. Finalmente, el tercer grupo de acciones estaría constituido por las acciones ligadas al colaborar que podrían agruparse bajo el nombre provisorio de apostasía. Se incorporarían, aquí, las acciones de colaboración ya sean libres como en el caso del converso, o sin libertad alguna, cuando ha mediado un quiebre.

Esta taxonomía preliminar, con la diferenciación entre distintas manifestaciones del fenómeno llamado traición, permite, utilizando una expresión de María Olga Ruiz, “humanizar la experiencia” (16), introduciendo matices que pongan de manifiesto su complejidad, haciendo posible diversificar la evaluación moral que se pueda hacer de cada una de las acciones asociadas a la traición. Sería posible, por ejemplo, evaluar moralmente de manera diferente experiencias como las relatadas por Montealegre (2003) o Valdés (2010) en sus testimonios, quienes bajo tortura entregan algunos nombres de personas que finalmente no sufrieron daño, de la colaboración expresada de Marcia Merino (1993) y Luz Arce (1993), quienes trabajan para la DINA luego de ser torturadas, participando activamente en la detención y provocando la desaparición de ex compañeros/as. Del mismo modo, sería posible distinguir moralmente esta última experiencia de la de Miguel Estay (el Fanta) quien, sin mediar violencia alguna, decide colaborar e incluso participar directamente en torturas y asesinatos de sus antiguos compañeros.

En el imaginario social, como se constataba al comenzar, la traición es considerada el gesto más bajo. De allí que se les rechace transversalmente. A la luz de lo señalado y la posibilidad que se abre para establecer diferenciaciones en el juicio moral, se hace posible matizar el desprecio. Aunque de manera preliminar y esquemática, la propuesta de diferenciación esbozada más arriba implica también una jerarquía moral que va ascendiendo en gravedad, desde la deslealtad hasta la apostasía, pasando por la delación y la colaboración. En este sentido se podría considerar, por ejemplo, que la conversión como apostasía sería la más reprobable moralmente, puesto que libremente se abandona todo lo que tenía por valioso y a todos con quienes tenía una relación de confianza para entregarse por completo al enemigo, causando con ello un enorme daño. Por el otro lado, la acción de denegar auxilio estaría en el extremo opuesto, siendo su traición la más leve: simplemente habría dejado de actuar cuando existía la exigencia de hacerlo.

Escribe María Olga Ruiz que uno de los efectos más evidentes de permanecer en un enfoque bipolar que solo reconoce héroes y traidores es que “dificulta el análisis crítico del pasado reciente” (16). Dicha dificultad se manifiesta, primeramente, en el hecho de que este esquema binario provoca que la traición en realidad permanezca velada. Como bien dice Hevia, “[e]stas categorías blanco/negro, sobre la dictadura, han tejido un manto de silencio y de mistificación de aquello que sucede en el ‘entre’” (9). En efecto, el discurso dicotómico, incluso mediante el reconocimiento de la existencia de una zona gris, ha impuesto un silenciamiento sobre el fenómeno de la traición. El caso chileno es, sin duda, paradigmático de ello. De la traición no se habla. El silenciamiento ha adoptado allí por la estrategia del “chivo expiatorio”. Como indica Ruiz nuevamente, la representación del/de la traidor/a como otro absoluto, permite que “la culpa no nos toque y exorcizamos el mal que de otra manera también podría instalarse en nosotros; afirmamos nuestra inocencia. La ‘traición’ señalada en el otro nos protege” (4). En el caso chileno se ha instalado un relato en el que un pequeño grupo de personajes, según indica Hevia, “condensan el significado de la traición” y que se constituyen en “íconos que permiten hablar de ella, fijándola como una actitud excepcional, que se explica muchas veces por las características psicológicas o biográficas de quienes las encarnan: El ‘Fanta’, la ‘Flaca Alejandra’, el ‘Guatón Romo’, Luz Arce y la ‘Carola’” (15). La diferenciación entre modos y tipos de traición, así como también de grados, hace visible lo oculto; permite distinguir el espacio intermedio que ha quedado eclipsado en la medida en que saca a la luz aquellos eventos perturbadores e inconfesados que estarían en el *entre*. Con ello se vuelve difícil recurrir a la estrategia del chivo expiatorio con el objeto de ocultar la propia acción señalando la del otro, complejizando las lecturas que se hagan del pasado.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aibar Varas, Ibar. *Sol y cielo abonaron mis sueños infinitos*. Santiago: Emege Comunicaciones, 2002.
- Álvarez, Rolando. *Papá no va a llegar porque está trabajando en el norte. Memorias y epistolario de un preso político comunista y su familia en Chile*. Santiago: Editora Isadora Stiven, Gráficas LOM, 2012.
- Ahumada Lillo, Manuel. *Testimonio: Cerro Chena- un campo de prisioneros*. Santiago: Leonardo Sepúlveda Producciones Gráficas, 2011.
- Åkerströmm, Malinm. *Betrayal and betrayers: the sociology of treacher*. London y New York: Transaction Publishers, 1991.
- Arellano Herrera, Hugo. *Simulacro de muerte: crónica de los centros de tortura del SIN*. Valparaíso: Editorial La Cáfila, 2005.
- Artigas, Mario. *DINA busca LOLO*. Santiago: Pentagrama Ediciones, 2007.
- Arce, Luz. *El Infierno*. Santiago: Editorial Océano [Planeta], 1993.

- Avishai Margalit. *On Betrayal*. Cambridge y Londron: Harvard University Press, 2017.
- Bandenese, Daniel y Miguel, Lucas. “Ni héroes ni traidores”. *Puentes* 21 (2007): 6-15.
- Becker, Nubia (Carmen Rojas). *Recuerdos de una mirista*. Santiago: SI, 1987.
- Benavente Paulsen, Mario. *Contar para saber: Chacabuco, Puchuncaví, Tres Alamos (1973-1975)*. Santiago: J y C Producciones Gráficas, 2003.
- Ben-Yehuda, Nachman. *Betrayal and treason: violations of trust and loyalty*. Crime & society. Camgridge: Westview Press, 2001.
- Boveri, Margret. *Der Verat im XX jahrhunderts*. Alemania: Rowohlt, 1957.
- Bulo, Valentina. “Tabula rasa de los cuerpos”. *La Cañada. Revista del pensamiento filosófico chileno* 4 (2013): 206-214.
- Calveiro, Pilar. *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue, 2006 [1984].
- Carrasco, Rolando. *Prigüé*. Santiago: Ediciones Aquí y Ahora, 1991.
- Castillo Lozano, José Ángel. “2. Los conceptos de traición /traidor y tiranía /tirano (usurpador)”. *Categorías del poder en el reino visigodo de Toledo: los tiranos en las obras de Juan de Bicarlo, Isidoro de Sevilla y Julián de Toledo. Antigüedad y Cristianismo*, Universidad de Murcia (2017): 9-35.
- Catalán, Miguel. *La traición. Seudología XII*. Madrid: Editorial Verbum, 2020.
- Cozzi Figueroa, Adolfo. *Estadio Nacional*. Santiago: Sudamericana, 2000.
- Del Valle, Juan. *Campos de concentración, Chile 1973-1976*. Santiago: Mosquito Ediciones, 1997.
- Elgueta, Gloria. “Colaboracionismo y dictadura”. Texto presentado el 23 de julio de 2008, con motivo del lanzamiento del libro de Michael Lazzara, *Luz Arce: Después del infierno*.
- Eltit, Diamela. “Cuerpos nómades”. *Debate Feminista*, vol. 14L (1996): 101-117.
- Escobar, María Eugenia. “El infierno de Luz Arce: un entramado de unidades discursivas”. *Revista de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la U. de Chile* N°13 (2000). <https://web.uchile.cl/publicaciones/cyber/13/index.html>.
- Fernández, Paulina y Sampieri, Sebastián. *Una historia de la traición en Chile*. Santiago: Planeta, 2019.
- Gamboa, Alberto. *Viaje al infierno*. Santiago: Editorial Forja, 2010.
- Gargantilla, Pedro. “Traidores en la historia”. *Clio: Revista de historia* n°214 (2019): 80-85.
- Guerrero Ceballos, Manuel. *Desde el túnel, diario de vida de un detenido desaparecido*. Santiago: LOM, 2008.
- Hevia, Evelyn. *Memorias subterráneas en el Chile actual: el lugar de la traición en las memorias de sobrevivientes de Villa Grimaldi*. Tesis para optar al grado de Magister en Historia, U. de Chile, 2014.

- Jackson, Rodger L. "The Sense and Sensibility of Betrayal: Discovering the Meaning of Treachery through Jane Austen". *Humanitas. National Humanities Institute* vol XIII N°2 (2000): 72-89.
- Jacoby, Brennan Michael. *Trust and Betrayal: A Conceptual Analysis*. Tesis para obtener el grado de Doctor en Filosofía en la Facultad de Artes en la Macquarie University, 2011.
- Joui, Sadi Renato. *Chacabuco y otros lugares de detención*. Santiago-Valparaíso, autoedición, 2003 [1ª Edic. 1994, 3ª Edic. 2004, Narrativa Punto y Aparte, Valparaíso, Chile].
- Klein, Noemi. *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. (Traducción de I. Fuentes García, A. Santos, R. Diéguez y A. Caerols). Barcelona: Paidós, 2007.
- Longoni, Ana. *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Buenos Aires: Norma, 2007.
- Marchant, Patricio. "Desolación. Cuestión del nombre de Salvador Allende (1989-90)". *Escritura y temblor*. Santiago: Cuarto Propio, 2000, 213-234.
- Mallol, Cristian. "Renacer en la agonía. De la sobrevida a la vida". *Estudios Públicos*, CEP, Chile, N°115 (2009): 31-48.
- Merino, Marcia (flaca Alejandra). *Mi verdad: más allá del horror; yo acuso*. Santiago: Impreso en A.T.G. S.A., 1993.
- Montealegre, Jorge. *Frazadas del Estadio Nacional*. Santiago: LOM, 2003.
- Morales Herrera, Luis. *Al calor de septiembre: historia de un sobreviviente*. Santiago de Chile: Ediciones Centro Esperanza, 2003.
- Mujica-Olea, Alejandro. *A la Sombra de la muerte en Chile: diario de un preso político*. Vancouver, Canadá: World Poetry Publishing, 2003.
- Navarrete, Sandra. "La memoria quebrada: La figura de la traidora en el corpus testimonial y ficcional chileno". *Revisitar la Catástrofe. Prisión Política en el Chile dictatorial*. Carolina Pizarro Cortés y José Santos Herceg (Comp.). Santiago: Editorial PEHUÉN, 2016. 97-116.
- Pavón-Cuéllar, David. "Psicología y Destrucción del Psiquismo: La Utilización Profesional del Conocimiento Psicológico para la Tortura de Presos Políticos". *Psicologia: Ciência e Profissão* v. 37 (2017): 11-27. <https://doi.org/10.1590/1982-3703010002017>.
- Pizarro Cortés, Carolina. "La recepción de los testimonios en el Chile de la posdictadura: el caso de las traidoras y sus críticas". Congreso Internacional "A 30 años de la nueva democracia. 1985: actores, proyectos y expectativas". Universidad de la República, Montevideo, 15-17 de abril de 2015.
- . "La recepción de los testimonios en el Chile de la postdictadura. El caso de las traidoras y sus críticas", *TevIISE* vol. 20, Año 17, (2022): 133-142.
- Pizarro y Santos. "El campo testimonial chileno: una mirada de conjunto". *Otras Modernidades. Revista de Estudios literarios y culturales* n°21. Universidad de Milán, Italia, (2019): 246-267.

- Ramírez Álvarez, Maikel y Ana María Ramírez Díaz. “Metáforas y metonimias del delator en seis expresiones del habla cotidiana venezolana”. *Revista de Investigación* vol. 37 N°79, (2013): 69-83.
- Reati, Fernando. “Culpables e inocentes, héroes y traidores, cómplices y espectadores : representaciones de la violencia política en Argentina desde 1980 hasta el presente”. *Memorias en tinta : Ensayos sobre la representación de la violencia política en Argentina, Chile y Perú*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2013. 81-106.
- Richard, Nelly. “Tormentos y Obsenidades”. *Crítica de la memoria (1990-2010)*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2010 [1998].
- Roig, Arturo Andrés. “Interrogantes sobre el pensamiento filosófico”. *América Latina en sus ideas*. Leopoldo Zea (coord.). Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1986: 46-71.
- . “La filosofía Latinoamericana en sus orígenes. Lenguaje y dialéctica en los escritos chilenos de Alberti y Sarmiento”. *Caminos de la Filosofía Latinoamericana*. Venezuela: Universidad de Zulia, (2001): 17-40.
- Romero, Francisco. *Sobre la Filosofía Americana*. Buenos Aires: Editorial Raigal, 1952 (Escrito en 1942).
- Ruiz, María Olga. “Historias y memorias de ‘traición’. Reflexiones en torno a la Conferencia de Prensa de los cuatro miristas de 1975”. *Recordar para Pensar. Memoria para la democracia. La elaboración del pasado reciente en el Cono Sur de América Latina*. Tania Medalla y otras (eds.). Santiago: Universidad de Chile / Fundación Heinrich Böll, 2010a. 249-262.
- . “Recordar la ‘traición’. Mandatos militantes, subjetividad revolucionaria y quiebres en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en Chile”. *Anuario Lucha Armada en la Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Ejercitar la Memoria, 2010b.
- . “La palabra arrebatada, Aproximaciones a la experiencia de la traición política en el Cuartel Terranova (Chile)”, *Anuario Lucha Armada en la Argentina*, 2014.
- . “Muertes luminosas, vidas en la oscuridad. Heroísmo y traición en la militancia revolucionaria de los setenta en la Argentina y Chile”. *Izquierdas*, n°40 (2018): 202-230.
- Sánchez, Luis Alberto. *A la sombra de Tejas Verdes. Memoria de un sobreviviente*. Santiago: Akhilleus, 2014.
- Santelices, Patricio. *Me acompaña por favor. una visión singular de la dictadura de Pinochet: historias humanas en el campo de concentración del Estadio Nacional de Santiago de Chile, relatadas por un ex preso político*. Madrid, España: Guillomía Comunicación Gráfica, 2008.
- Santos Herceg, José. “La traición en tres momentos. Una aproximación filosófico-conceptual”. *Traidores, Traidoras y Rebeldes*. Santos-Herceg, José y Pizarro, Carolina (Comp.). Santiago: Colección IDEA, 2023 (en prensa).

- Santos Herceg, José. *Lugares Espectrales. Topología testimonial de la prisión política en Chile*. Santiago: Colección IDEA, Sello editorial de la Universidad de Santiago, 2019.
- Savater, Fernando y Martínez-Fresneda, Gonzalo. *Teoría y Presencia de la tortura en España*. Madrid: Anagrama, 1983.
- Schlidknecht, Ch. “Entre la ciencia y la literatura: formas literarias de la filosofía”. López de la Vieja (ed.). *Figuras del Logos*. México: FCE, 1994. 21-40.
- Shklar, Judith. “The Ambiguities of Betrayal”. *Ordinary Vices*. Cambridge: Harvard University Press, 1984. 138-191.
- Shuffer Mendoza, Cynthia. “Resistir y traicionar, las modulaciones del silencio y la voz en testimonios de la represión militar en Chile”. *Revisitar la Catástrofe. Prisión Política en el Chile dictatorial*. Carolina Pizarro Cortés y José Santos Herceg (Comp.). Santiago de Chile: Editorial PEHUÉN, 2016. 117-134.
- Skornik, Francisca. “Miguel Estay, El Fanta: razones de un verdugo”. *Ciper* 02.11.2007
- Ragués i Vallès, Ramon. “¿Héroes o traidores?, La protección de los informantes internos (whistleblowers) como estrategia político-criminal”. *InDret. Revista para el análisis del Derecho*. Barcelona, España
- Tankó, Éva. “The philosophy of betrayal”. *Studia Universitatis Babeş-Bolyai - Philosophia*, 59, (2014): 63-75.
- Tello, Marina. “Una vara con qué medirnos”: una lectura antropológica sobre los sentidos de la transgresión y la “traición” en las memorias sobre la militancia en “los ‘70”. *Contenciosa*, Año II, N° 3, (2014): 1-26.
- Tugendhat, Ernst. “¿Qué es la filosofía?”. *Análisis. Revista de investigación filosófica*, vol 5 N°2, (2018): 349-376.
- Valdés, Hernán. *Tejas verdes: Diario de un Campo de Concentración en Chile*. Santiago: LOM, 2010 (1° Edic. 1974, Editorial Ariel, Barcelona).
- Vidal, Hernán. *Chile: poética de la tortura política*. Santiago: Mosquito Editores, 2000.
- Witker, Alejandro. *Chile; Prisión en Chile*. México: FCE, 1975.